

Finalizada la RENEGADA, preciosa novelita original de la señorita Cambrónero, empezamos hoy otra también original, no menos interesante que lleva por título, EL PREMIO DE LA VIRTUD, de la señorita doña Amalia Fenollosa. Creemos complacer de este modo á nuestros suscritores, dándoles novelas originales y no muy largas.— Luego que podamos vencer algunos inconvenientes, daremos una forma mejor y mas estensa al periódico, contando para ello con los trabajos de muchos amigos que nos favorecen continuamente.

UNA ORCIA

DE LORD BYRON EN VENECIA.

—o—

«Tratábamos, amigos, de la inmortalidad del alma. ¿Es una verdad de sentimiento ó una verdad de razon? Es preciso saberlo, y para ello bebamos.

—Es una verdad de sentimiento.

—Peters, destapa esa botella de Champaña, y díqnos si tienes tú alma en alguna parte.

—Con el respeto que os debo, señor, no.

—Pues bien, llama á mi palafrenero, á mi cochero, á mis criados y preguntales á todos si saben donde tienen su alma.

—Es inútil, Byron. Será, si queis, una verdad de razon.

—¿De razon? Por San Jorge! está loco, pero no creo en ella. Eecu-

chad, amigos; esta es un disputa frívola. Creemos en un alma, como creemos en la Providencia, cuando no tenemos un cuarto. Cuando piseo mil guineas, soy ateo, bebo; cuando no tengo mas que quinientas, soy pirronista, discuto y dudo; cuando solo me quedan ciento soy deista, creo; en fin, cuando he gastado la última soy religioso ruego y amo; porque es necesario tener un alma profundamente religiosa para amar: Todo es religion en el amor, y ademas ella misma su manantial. Amad á una española y escuchad una misa de difuntos; veis sus hermosos ojos negros seguiriros al través de unos pilares de una catedral, y mirad, debilitadas por el incienso, las pálidas luces que bañan con su sombrío resplandor la imagen de la Virgen; tomad la linda mano de la castellana, ó mojad vuestros dedos en la pila de mármol del agua bendita; ahogadla en vuestros brazos con sus lágrimas, sus gritos y su mantilla recogida, ó abismaos en un éstasis cuando el sacerdote eleva la hostia en el momento de consagrar; y despues preguntad á vuestro corazon la diferencia que experimenta entre estas distintas emociones. Y así, amigos, rogar es amar: beber, tambien es amar. En todas partes se hallan la religion y el amor. Vamos, os invito á todos, á que bebais en esta copa.

»Homero os hubiera dicho: «A-gathos la habia adquirido de Osmindas; Osmindas la habia ganado á Trip- tolemo en los juegos del Disco; Trip- tolemo la habia recibido de Júpiter.» Yo os digo: «Está llena de vino de Canarias. Bebed!»

—Byron, estais loco, que idea ha sido la de engarzar en oro esa copa de

marfil y haberla puesto por pié ese esqueleto, cuyos ojos huecos nos hacen burla, cuya boca parece que bebe con nosotros: Byron, sois egipcio, y queréis hacer pagar á vuestros alegres amigos su escote con la tristeza?... Ya está con su fiebre y su melancolía. Peters, llevaos esa copa....

—Dejadla.... voy á contaros la historia de esta copa. Un dia encontré á una mujer en una casa de juego; tenia una sociedad de pillos, banqueros, miembros del parlamento, hijos de lóres, duques y condes. En su casa el mismo Sardanápalo se hubiera avergonzado; pero, viva Jorge! en ella se gozaba mas libertad que en un palacio, señores: en ella no se medían el vino, la decencia, ni el placer; en ella habia mujeres que nos embriagaban sin hacernos caer, á nosotros, gentiles-hombres. Si hubieseis visto la mia; tomaba tabaco como Southey el poeta y fumaba cigarrillos como un andaluz. Pobre muger! la he amado.

Oh! ya sabeis, señores, que he recorrido todo el mundo; he aspirado las rosas de Madrid, las pálidas anémonas de Portugal, los lirios de Francia. Hablamos sin mentir: he amado á las mugeres lindas de todas las naciones; ha habido algunas que para verme á mí, á Biron, han escalado de noche las paredes de un convento; otras, que por amor se han ahogado en el mar; otras que se han ido consumiendo sin decir el secreto de su mal. He reido como un loco: porque despues de una, otra; el sol hace esto mismo con las flores: un dia les da color, las abre; al siguiente las abrasa.

«Pero ella, con su depravacion y sus cartas y sus dedos cargados de dia-

mantes y su conversacion cínica y su embriaguez y su marido que le daba de golpes, no se borra un instante de mi imaginacion y os diré porque le amaba tanto.

«Porque tenia un marido á quien envenené por mí; un hombre, jóven aun, y hermoso, timbalero en el *Royal-Cumberland*. Su crimen la llevé al cadalso. Ya veis, que fué la causa de su muerte; ¡ah! ¡dejadme llorar á la muger del timbalero!

—Pero, Byron, de la historia de la copa, habeis pasado al recuerdo de una ramera, que no es ya mas que polvo.

—¡Polvo! en presencia de la muerte, al acordarme de una pérdida tan grande, no soy materialista, señores. Creo en la inmortalidad del alma, en la resurreccion de la carne, en la remision de los pecados, en la vida eterna.

—Tendreis razon, Byron; pero no lloréis con tanto calor un dia de embriaguez.

Qué no llore! No sabeis que la noche de su egecucion, me acerqué á ella le corté la cabeza, y mandé hervir esta cabeza. No me la comí, credlo! La despojé de los cabellos y de la carne y cuando estuvo pulida por la mano de un artista, un joyero de Milán, me la engastó en forma de copa.

—Gran Dios! Byron, nos habeis hecho beber en el cráneo de vuestra querida!

Y Byron cayó con la embriaguez como muerto debajo de la meca.



A VALLADOLID.

A mi amigo el apreciable poeta Don
José Doncel y Ordaz.

¿Donde huyó tu esplendor y tu gran-
deza?

Antigua corte de la heroica España?
El tiempo destruyó con fiera saña
Tu orgullo sin igual y tu nobleza.

Tus señores ¿por qué te abandonaron?
Te hallabas del poder en la alta cum-
bre,

Mas todo se acabó: de aquella lumbre
Tan solo las cenizas te quedaron.

Llora, Valladolid, tu desconsuelo,
Llora pobre guerrero mutilado,
Infeliz viajero extraviado,
Doncella sin amor y sin consuelo.

Los reyes de tu seno se alejaron
Y arrastraron tras sí tu poderio;
Tu recinto quedó triste, sombrío
Y tus bellos palacios se arruinaron.

Hoy con dolor recuerda la memoria
Tu brillo que el destino ha destruido,
Rica, opulenta, colosal has sido,
Intrincada y bellísima tu historia.

Cuando te sonreía la fortuna
Que hoy entre polvo sumergida miro,
Tú recogiste el último suspiro
Del infeliz don Alvaro de Luna.

De admiración y espanto tembló el
mundo

Al ver el triste fin de aquel coloso;
El vencedor de Olmedo, el orgulloso,
El mimado del rey don Juan segundo.

Así cual vió apagarse en solo un día
La luz que le alumbró radiante y bella,

Así noble ciudad se undió la estrella
Que sobre tí sus rayos despedía.

Mas que tú ningún pueblo floreciera,
Al enemigo siempre rechazaste,
Y orgullosa en su seno cobijaste
A la heroica Isabel primera.

Isabel de la España idolatrada,
La que quitó á sus hijos las cadenas
Arrojando las buesates agarenas
De la deliciosísima Granada.

Mas ¿qué vale recordar
Dichas pasadas de ayer?
¿Qué vale ¡ay Dios! suspirar,
Por tus desgracias penar
Y amargo llanto verter?

Después del invierno helado.
¿No viene la primavera
Con su manto perfumado
De yerva y flores bordado
Que estiende por la pradera?

¿No vienen los ruiseñores
A cantar en el pensil
Sus desgraciados amores
Y al compás de sus clamores
Se abre la rosa gentil?

¿Quien sabe! pronto tal vez
Volverá tu primavera
Con su hermosa brillantez:
Renacerá tu altivez
Que ha dos siglos pereciera.

Pues rápida como el viento

Suele variar la fortuna;
Y al que llenó de contento
Arrebata en un momento
Sus dichas una por una.

Si no luces cual un día
Ni prestas rayos á el sol,
Goza de paz y alegría.
Son tus hijos todavía
Gloria del vuelo español.

Manuela Cambrero,

Valladolid—1846.

FASTOS ESPAÑOLES.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Dedicados á mi buen amigo FABIO.

I.

Estado de la España á principios del siglo VI.—Los Romanos.—IncurSIONES de los bárbaros.—Bravura de Alarico.—Batalla Bouillé.

NO hay duda que la historia de nuestras desgracias, la historia de esta nacion que por dos siglos consecutivos supo conservar sus conquistas contra todos los amañes de sus numerosos enemigos, va unida á los sucesos prósperos ó adversos de los demás pueblos de Europa.

Dificilmente habrá nacion alguna que haya roto los lazos de la esclavitud, desde las primeras victorias de la republica romana hasta la invasion francesa, como la española. A principios del

siglo VI. dominaban en su estenso territorio los Suevos y los Godos, pueblos de allende los Pirineos que habian fijado en nuestro suelo su poder, merced á lo delectable de sus vastas llanuras y al esfuerzo de sus brazos que habian destrozado aquellas barreras, hasta entonces solo acsequibles á los briosos pero disciplinados romanos.

Despedazado el imperio de Rómulo y dividido y repartido entre sus caudillos mas osados, que acabaron de hundirle para siempre, y alucinados sus emperadores con el vértigo de sangre y esterminio, en lugar de curar la honda llaga que su insensatez abriera, la felicidad pública solo consistia en satisfacer las venganzas personales. Abruñadas las naciones conquistadas por los cesivos impuestos, y cansadas de verse regidas por algun potentado cargado de vicios, fuéronse emancipando unas tras otras, reduciéndose la colosal potencia á las provincias de Alemania é Italia. En vano trataron los grandes capitanes que se acordaban que existiese Roma, de someterlas á la obediencia; reuvidas sus tropas, la subordinacion habia abandonado á los antiguos romanos, que viciados ya con las costumbres de los bárbaros, no obedecian otras leyes que las del robo y pillaje, huyendo al menor asomo de peligro. Los emperadores llamaron junto á sí los varones sabios que mas de una vez consolaron las aflicciones de la madre patria, pero ninguno pareció; recurrieron á los dioses, unos al de sus padres, otros al nuevo, que ni siquiera lo tenían, y no se apiadaron de ellos.

(Concluirá.)